8.

ELEGIA

CON MOTIVO DE LA DOLOROSA MUERTE

De la Reina Nra. Sra.

Dª MARIA JOSEFA AMALIA DE SAJONIA.

Por

D. JUAN MIGUEL DE ARRAMBIDE,

Interventor del Egército de Andalucía,

y Ordenador interino del mismo.



SEVILLA:

Ymprenta Mayor

1829.

Sic & Christus semel oblatus est
ad multorum exhaurienda peccata:

Epist. B. Pauli ad Hebr.
cap. IX. *v.* 28.

ELEGIA.



¡Cómo es verdad que del profundo seno
Lanzando un ay la España dolorida
El ya cercano mal nos anunciaba!
¡Cómo es verdad que el corazon cuitado
Do se anidó la plácida ventura
Nos llenó de pavor! A su gemido
Se estremecieron los altivos montes;
Retemblaron los valles; y arrojando
El tenebroso abismo lava ardiente,
Inmundo lodo, y humo pavoroso,
Por mil heridas respiró la tierra.

En contino vaiven se desplomaron
Los fuertes muros, y robustos templos:
Crujieron los dorados artesones
Del altanero techo que velaba
Sobre la cana edad; y undióse en torno
El capitel que descolló orgulloso,
Del tiempo la segur desafiando.
Las cristalinas linfas del Segura
Y del Guadalaviar, en pestilente

Y denegrido cieno convertidas,
En vez de serpear entre las flores
Cadáveres y escombros anegaban;
Y á par del trueno bramador, se oyeron
De la viudez y la horfandad los ayes,
Que el séquito formaban de la muerte.

¿Y quién ¡ó Dios! desde la baja tierra
Bastará á contener tu santa ira,
Tu brazo vengador? ¿Y cuáles écos
Hasta las gradas de tu excelso trono
Pudieran penetrar? ¿De tu clemencia
Quién implorar el celestial consuelo?
Solo un Angel de paz; la virtud misma
En su primer oriente é inocencia;
La angelical y cándida consorte;
La tierna madre, la sensible Amalia
Ornada de esplendor, y el albo seno
En dulcísimas lágrimas bañado,
Llegar osara hasta tu régio asiento.
De celestial impulso poseida,
Cual el cordero tímido te ofrece
Su misma vida por salvar su Pueblo,
Y prosternada tu clemencia implora.

Grato fué el don á tu eternal justicia,
Soberano Hacedor; y de la mente
Lanzaste un rayo de tu ardor divino
Que disipó las negras tempestades:
Cesó el raudo huracan que en su corrida

Los campos y los pueblos arrasaba :
Cesó la destruccion y el esterminio ;
Y el grato tornasol del iris santo
Se vió lucir entre ligeras nubes ,
Que al blando soplo de Favonio huyeron.

El corazon inquieto y palpitante
Sintió su congojoso afan trocado
En tierna conmocion : al grave peso
De los acerbos males , el remedio
De la innata real munificencia
Se aplicó por do quier ; y el infelice
Halló en los brazos de su Rey piadoso
Todos los bienes que perdió en la tierra.

¡ Mas ay ! que apenas la sonrisa amable
A su boca asomó , y ante su vista
Descubrió el bello seno la ventura ,
Cuando de nuevo desgarró su pecho
Del livido pesar la ruda mano.

De consentir dió la señal postrera
El Padre de la luz ; y desquiciando
Las eternales puertas del abismo
Las fétidas dolencias , en el seno
De la modesta Amalia derramaron
La ponzoña mortal , que abrió á la Parca
El libre paso ; y su segur cortante
El hilo dividió de su existencia.

¡ Valiera mas no ser ! Llanto en los ojos,
Luto en el corazon y desaliento,
Mudaron la esperanza lisonjera
De mas floridos y alagüeños dias.
En añoso cipres trocose el ramo
Del apacible amor ; y el negro velo
De horfandad macilenta y silenciosa,
Se estendió por los campos carpentanos.

Desparecció la sin igual AMALIA :
Desparecció la gala y el ornato
Del Imperio Español ; el fiel modelo
De la dulce piedad ; de las virtudes
El precioso dechado, y la segura
Ancora en las borrascas tormentosas.
De contino se escuchan los gemidos
Que repite el nevoso Guadarrama,
y el elado Fuenfria; y que del Tajo
Lleva en su curso la veloz corriente,
Hasta engolfarse en el inmenso Occéano.
De peñasco en peñasco el éco horrendo
De la tronante pólvora, publica
Del espantoso espectro el régio triunfo;
En el alto Pirene lo repite;
Y al mar de Alcides presuroso vuela.

Y entre tanto ¡ ó dolor! el tierno Esposo,
El magnánimo Rey, nuestro FERNANDO,
El bondadoso Padre de su pueblo,
Yace sumido en su profunda pena

Y el corazon benéfico llagado;
Sin su bien, sin su luz, sin su consuelo,
Que bajó al seno de la tumba fria.

Recibe ¡ó digno Rey! el holocausto
Del acerbo dolor que nuestros pechos
Penetra sin cesar: recibe el lloro
Y los tristes gemidos que en la margen
Del cristalino y olivoso Betis,
Sus Hijos vierten, y sus caras Ninfas:
Aquí, dó en otro tiempo resonara
La cítara armoniosa, y tus loores
Las auras blandamente repetian
Entre vistosas y lucidas galas,
Que ora se truecan en el mustio luto
Que al orbe entero nuestro mal publica.

¿Cuándo será que la potente diestra,
De vos ¡gran Rey! la inmensa pesadumbre
De pesares sin cuento y de infortunios
Destierre por jamas, y en vuestro pecho
Fije la dulce y apacible calma
Que en el bien nace y la ventura aumenta?
¿Y cuándo en el regazo cariñoso
De la divina paz y de la gloria,
La regia frente de laurel ornada
Ostentarás ¡ó Príncipe adorado!
El digno galardon de tus virtudes?

No tardará Señor; que entre los coros

De la celeste Corte la alma AMALIA
Coronada de estrellas, ora pide
Al Supremo Hacedor que sobre España
Y sobre Vos sus beneficios vierta;
Y atendiendo á sus ruegos JEOVA santo,
Concede á su virtud el digno premio,
Y el bálsamo esquisito de la dicha
Y de eternal consuelo nos prepara.

Y tú, divina AMALIA, si en la tierra
Terminó tu reinar, no ya al olvido
Tus virtudes dará la triste España;
Ni envuelta en sombras á la escura noche
Del marmoreo sepulcro descendiendo,
Morirá tu existir: vivirá empero
Tu memoria apacible y deliciosa,
Tu esclarecido nombre, sin que el tiempo
Lo borre, ni atropelle en su carrera.

